

AMPARO.—Según como tú lo entiendes y con calor lo defiendes, tal disparate es verdad. Pero dime: ¿qué falta hace la ilustración á quien nace privada de libertad?

MARTA.—Hay una amarga impostura en esa frase tan dura que acabas de pronunciar. ¿No somos libres acaso? ¿Quién detiene nuestro paso cuando queremos andar? Pues si nada nos detiene, si á entorpecer nadie viene la marcha de nuestros pies; si tampoco nuestros brazos están atados con lazos ¿cuál es esa prisión, pues?

AMPARO.—Ignoras que mientras mueves tus pies y tus manos breves en libre locomoción, hay una cárcel muy fuerte que encerrará hasta la muerte tu derecho y tu razón.

MARTA.—¿Cuál es ella? ¡No la veo! Tú deliras, según creo, con delirios de otra edad.

(Riendo) ¿Es que eslamos condenadas á ser *reinas encantadas* como en los cuentos, verdad?

AMPARO.—Te burlas y no me enojo. No sin sentir un sonrojo te explicaré; vas á ver. Dime pronto y no te asombres ¿Eres libre cual los hombres? ¡Vamos, contesta, mujer! ¿Puedes andar por la vida sin que nada te lo impida á tu entera discreción? ¿Puedes acaso á tu antojo

vestirte de azul ó rojo como cuadro á tu elección? ¿Puedes, rechazando todas las torturas de las modas á tu capricho salir? ¿Acaso tus opiniones valen algo en las cuestiones que afectan tu porvenir? si vas por la calle sola ¿no sientes tras tí una ola de inquieta murmuración que no sigue á los varones? ¿no ves que los pantalones tienen más libre su acción?

MARTA.—Es cierto, no había acatado; todo eso que has declarado es la triste realidad. Pero dime ¿en qué se funda esa injusticia profunda?

AMPARO.—¡En nuestra debilidad!

MARTA.—Pues oye, Amparo, no atino con la razón de este sino ¿Somos débiles? ¡Qué va! á trabajar no nos ganan ni á sufrir, los que se ufanan en ser los fuertes

(AMBAS, riendo) ¡Ja, Ja!

MARTA.—No somos débiles, pienso que el hombre es bicho propenso á la fiebre de mandar, y nosotras, ignorantes, dóciles como elefantes nos dejamos postergar. Es fuerza que esto termine

AMPARO.—Pero bien, ¿quién nos redime de tan dura condición?

MARTA.—La ciencia, hermana, la ciencia nos dará la independencia

AMBAS.—¡Que viva la ilustración!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Bajo el sol

Éran ya las nueve, el aire ardía, una mañana sacada del propio vientre de una fragua.

Ningún ruido llegaba á despertar aquella pesada calma perezosamente reclinada sobre los campos.

Lenta y firme fuese distinguiendo, cada vez más sonora, la recia caída del mazo sobre el cincel. Allá, á la orilla del río, no lejos de un remanso, brazos nuevos agitaban la herramienta. Éran dos hombres jóvenes, de veintiséis años el que más, ambos de mirada cortante, rebelados los cabellos, la camisa remangada más allá de los codos, matizado el rostro de fresa vivo y hecho fuentes de sudor.

—Otro golpe, y la roca quedó en gajos.

Venía el trabajo de barra. Uno de los canteros se levantó y, tumbando hacia un lado el banquillo de madera, fué por ahí cerca para hallar la otra herramienta.

Un pensamiento le detuvo antes de asestar el primer golpe, una idea que desde hacía días venía tenazmente horadando su cabeza de cantero. Quizá fuese irreverencia, pero, qué culpa tenía él de no ver tan claro como hubiera deseado? Siempre la misma duda. Quizá su compañero. En fin:

—Oye, Juan, qué se te ocurre al pensar en la historia que leímos la